

**IN MEMORIAM** Modesto Viguera González

presa internacional dedicada a trabajos en el sector marítimo.

A mi entender, la figura de Modesto se proyecta, fundamentalmente, en un triedro compuesto por un plano profesional, otro docente y un tercero intelectual.

Buena prueba de su calidad como Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, es el enorme prestigio que alcanzó, tanto en el ámbito nacional como en el internacional, consecuencia de sus actividades y publicaciones sobre la historia y la tecnología portuaria; por cierto, ha dejado sin concluir un importante trabajo que, a no dudar, verá la luz en un próximo mediató. Y por si lo explicitado fuere poco, señalemos el recuerdo permanente que supone el "Premio Modesto Viguera", para trabajos de jóvenes ingenieros, que otorga, anualmente, la Asociación Internacional Permanente de los Congresos de Navegación, AIPCN.

Su acción docente se inicia en 1957, como catedrático de Puertos de la Escuela de Ayudantes de Obras Públicas de Madrid de la que fue su primer Director, labor que simultaneó con la de encargado de la cátedra de Dirección y Explotación de Puertos en la Escuela Superior de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos de Madrid, de la que fue nombrado titular, por oposición, en 1975. De una forma u otra, han sido más de treinta las promociones de ingenieros que han pasado por su aula, sin que no se le conozcan más que amigos, sean compañeros o discípulos, a pesar de su radicalismo, siempre fácil de explotar en sentido negativo. Se dice que, en España, es frecuente que las ideas y las amistades se manifiestan, siempre y desgraciadamente, en relación inversa; pues bien, no cabe duda alguna de que Modesto resultó la excepción confirmante de esa idea. Cumplidos ya los sesenta años, Modesto se integra en la condición de educando y acude a la Universidad con la pretensión de licenciarse en Geografía e Historia, licenciatura que no alcanza por negarse, con humana cabezonería, a efectuar el examen de la asignatura de latín.

El acervo intelectual de Modesto era, ciertamente, extraordinario; no resultaba sencillo encontrar materia de la que no tu-

viera, cuando menos, una elevada erudición, si bien manifestaba una cierta predilección por las cuestiones relativas a la historia antigua, a la dominación árabe en España, a las figuras del condestable Don Rodrigo Manrique y de su hijo Jorge y, sobre todo, a su patria chica: Sierra Segura. Fruto de ese interés, y ya en su infantil ancianidad, ha sido la publicación de una serie de títulos sobre los temas mencionados.

En definitiva y para terminar, pienso que lo relatado, con ser importante, no define más que un infinitésimo de los atributos de Modesto, de quien es imposible cualquier consideración que no contemple los dos polos de su existencia: su inigualable sentido y valoración de la amistad y su inquebrantable fe religiosa.

Creo que Modesto vivió como quiso vivir. Para él, la amistad era un don, el mejor de los tesoros, la más perfecta de las relaciones que puede consolar, unir y hacer feliz al género humano y, como Séneca deseaba, consiguió que su casa estuviera permanentemente llena de amigos; quizá sirva, como refrendo de esta manifestación, el cariñoso recelo de alguno de sus hermanos, Encarna, Juan Antonio, ya fallecido, y Paco, en el sentido de que Modesto casi era capaz, en algunos casos, de anteponer la amistad a la fraternidad. Nosotros, los que nos tuvimos por sus amigos, se lo agradeceremos mientras podamos hacerlo y nos consideramos muy honrados por la inmensa suerte que hemos tenido al haberle conocido y tratado.

Y, para terminar, creo que Modesto murió como, por lo menos, a mí me gustaría hacerlo: con la paz de los afortunados que esperan el tránsito con la serenidad de los que han sabido cumplir con sus obligaciones en la vida y, fiel a sus creencias, con un crucifijo en la mano. Permítaseme una licencia: estoy seguro de que, por lo menos durante un ratito, Modesto desplazó a San Pedro de la proximidad del Padre. Creía en Dios y lo amaba de verdad, como todos los creyentes deberíamos hacerlo, pero como solo los elegidos lo hacen.

Madrid, enero de 2007

**Jorge Fanlo**

**E**mpecé a tratar a Modesto, con asiduidad, a partir del mes de septiembre de 1966, cuando fue nombrado Subdirector General de Carreteras; habíamos coincidido en la vieja Escuela del Retiro, pero él terminaba su carrera y yo acababa de iniciarla, lo que explica, sobradamente, la ausencia de trato.

Cuando Modesto llegó a carreteras, ya era un hombre de puertos. En sus veinte años de profesión, había sido ingeniero auxiliar en el puerto de Huelva, secretario técnico de la Dirección General de Puertos y Costas, ingeniero jefe de la Agrupación de Maquinaria de la misma Dirección General e ingeniero jefe de los puertos de La Coruña, Las Palmas de Gran Canaria y Castellón. Para él, sus mitos, sus dioses laicos, eran Ramón Iribarren, Gabriel Roca y Marciano Martínez Cattena. Cabe imaginar que la arribada de Modesto a una Dirección que había dejado de ser el servicio ordinario para transformarse en una de las instituciones más dinámicas de la época, por su condición de extraño, estaba destinada al fracaso; sin embargo, sucedió todo lo contrario: el inmediato reconocimiento de su bonhomía, inteligencia, extroversión y sentido de la amistad fueron virtudes más que suficientes para que los, entonces, fervorosos y revolucionarios camineros tuviéramos la sensación de que, sin repudiar a sus puertos, Modesto se había marido con las carreteras en una poligamia totalmente paradójica con las ideas y creencias de un cristiano viejo y solterón, tan católico, cuando menos, como el mismo Papa, que siempre mantuvo. Y en esa Dirección General continuó, con algunos injustificables padecimientos, siempre generales que no individuales, hasta que, en 1982, regresó a la Dirección General de Puertos y Costas, como Jefe del Servicio de Proyectos y Obras, puesto en el que se jubiló en 1986. Su vida profesional activa termina en el año 2000, como asesor de una importante em-